

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION. Sale los días 5 y 20 de cada mes desde el 5 de febrero. Cada número consta por lo menos de 16 páginas. Al fin del año se repartirán los índices y portadas correspondientes. —Cuesta en Madrid 3 rs. al mes, llevado á casa de los suscritores. Pagando un año adelantado 32 rs. —En provincias 10 rs. por trimestre y 36 por un año. —Se suscribe en Madrid, librerías de Bailly-Bailliére y Duran, y en la administracion, Carrera de San Gerónimo, núm. 22, piso segundo, derecha. —Las suscripciones de provincias se harán en carta franca al administrador de EL ECONOMISTA, por medio de libranzas ó sellos de franqueo. —No se admitirá correspondencia que no venga franca de porte. —Las reclamaciones se dirigirán á la administracion.

### LA LIBERTAD Y EL PRESUPUESTO.

He leído una frase de un hombre de Estado muy célebre, Mr. Guizot, que dice: «La libertad es un bien demasiado precioso para que un pueblo la regatee.»

Pues bien, cuando leí esta máxima, hace mucho tiempo, me dije. «Si este hombre llega á gobernar el país, perderá no solamente la hacienda, sino la libertad de la Francia.»

(BASTIAT.)

#### I.

Un sofisma, cuando está aceptado por la mayoría de un pueblo, basta muchas veces para inutilizar todos los esfuerzos que se hagan por adquirir la libertad y el bienestar. Al llevarse á cabo una revolución que ha hecho indispensable el malestar social, no siempre se sabe cuales son las verdaderas causas de este, y no es extraño ver que los pueblos se contentan con un simple cambio de personas ó dirigen sus tiros á aquella parte de las instituciones que menos mereció su enojo. En estos casos el absurdo subsiste y fatalmente conduce á una nueva revolución, hasta que la luz se hace visible á todos, manifestando claramente que es lo que debe para siempre destruirse, y que debe ponerse en su lugar.

Uno de esos sofismas, de los mas peligrosos por cierto, es el que ha dado nacimiento á estas líneas. Segun muchos, la libertad es una cosa muy cara; un pueblo no puede ser libre, sin hacer enormes y constantes sacrificios, sin que una parte considerable de los productos del trabajo de cada uno se aplique al sostenimiento del gobierno, de la fuerza comun; en una palabra, la libertad solo puede subsistir en un pueblo á la sombra de un gran presupuesto.

Si es peligroso este principio, su enunciado solo lo dice. Cuando

5 de Junio de 1856.

la mayoría cree en él, si ama la libertad, se somete fácilmente á las exigencias de los gobernantes, y paga sin murmurar cuantiosas contribuciones, con solo que estos le digan, como el célebre Mr. Guizot; «La libertad es un bien demasiado precioso para que un pueblo la regatee, si os pedimos dinero, es para asegurarla.» Entonces, abrumado por el impuesto, viendo que la miseria tiende sobre él sus lazos, cree en un antagonismo entre la libertad y el bienestar, vacila en las creencias que le guiaban en su marcha y, ó se arroja desatentado por la senda de las revoluciones sin objeto claramente definido, que le lleva al despotismo otra vez, ó se entrega desde luego á este, que le aguarda ya organizado y poderoso con el producto de los mismos sacrificios que el estraviado pueblo había hecho para ser libre.

Es útil, es indispensable que todo el mundo sepa que ese principio es absurdo. La libertad es barata; ser libre es lo que menos cuesta. Nada hay que exija mayores sacrificios que la tiranía, porque esta necesita para organizarse y subsistir una fuerza inmensa, que no puede tener en sí misma, y que ha de tomar por lo tanto de los individuos de la sociedad tiranizada.

## II.

Las sociedades son una reunion de hombres. El estado de una sociedad depende del estado de los individuos que la componen; del progreso de estos nace su progreso, de su abatimiento el abatimiento social.

Para estudiar las leyes que rigen la marcha de las sociedades, deberemos por lo tanto estudiar primero al hombre. No comprendemos como se puede deducir resultado alguno racional, procediendo por un método inverso; el sistema de pasar de la sociedad al individuo y no del individuo á la sociedad, es, en nuestra opinion, el que ha dado nacimiento á tanta teoría absurda, á tanta utopia irrealizable. De ese sistema han salido la teoría del derecho divino de los reyes y los principios de las escuelas socialistas, iguales en sus resultados prácticos, el despotismo y la miseria.

El hombre no puede ser nada, el progreso le está vedado, sin el libre desarrollo de los medios naturales que Dios le ha concedido. Para alcanzar la felicidad, su móvil eterno, el hombre solo tiene con esa libertad dos caminos: adquirir lo que exigen sus diferentes necesidades por medio de su trabajo; aprovecharse por la fuerza ó por el engaño de los productos del trabajo de los demás.

De esta consideracion nace la idea del gobierno, de una fuerza comun, dedicada á asegurar á cada uno el libre empleo de sus facultades y de los productos de su trabajo, su libertad y su propiedad, y á contenerle, cuando quiera violar la libertad y la propiedad de los demás.

El gobierno, por lo tanto, es una consecuencia de la imperfeccion del hombre. Si los hombres fueran todos justos é ilustrados; si todos conocieran y quisieran respetar igualmente las leyes naturales, para nada haria falta el gobierno, la fuerza comun. La mision de esta es conservar contra la ignorancia ó los malos instintos del individuo, la integridad de la ley natural.

Pero el gobierno se compone tambien de hombres sujetos á la ignorancia y á la presion de las malas inclinaciones. Ese gobierno puede, pues, convertirse de defensor de la ley natural, en violador de ella, aprovechando para violarla la fuerza que se le concedió para defenderla.

Las anteriores líneas pueden dar una idea de la verdadera mision del gobierno y de la importancia que tienen todas las cuestiones relativas á su organizacion y atribuciones. Cuanto mas alcanza la accion del gobierno, tanto mayor es el peligro que hemos indicado, tanto mas fácil es que los hombres colocados en el poder se aprovechen de la fuerza comun para oprimir á los demás en interés propio, en lugar de asegurar la libertad y la propiedad de todos.

El pueblo que quiera ser libre es preciso que no conceda á su gobierno otra fuerza que la absolutamente indispensable para su verdadera mision. Concederle mas, es dar motivo para que tarde ó temprano vuelva sus armas contra él, y hacer el puesto de los gobernantes susceptible de escitar grandes ambiciones, que produciendo trastornos repetidos, hacen imposibles los progresos sociales. En la accion pública, como lo ha dicho muy bien Bastiat, todo lo que no es indispensable es pernicioso.

### III.

Hay algunos, sin embargo, que creen que el gobierno debe hacer mucho, que es útil estender su accion todo lo posible. Esta idea, que ha convenido siempre á los gobernantes generalizar, tiene mas partidarios de lo que parece. Para muchos no es el gobierno, como nosotros lo hemos dicho en el párrafo anterior, una fuerza que tiene su motivo en la imperfeccion del hombre, subordinada á las leyes naturales que proclaman la libertad y la propiedad; que recibe su impulso de la voluntad social, asegurando el progreso realizado por ella; sino una fuerza que dirige ese progreso, de naturaleza superior á la del hombre, cuyas acciones puede modificar segun le parezca, impeliendolo por el camino que crea en sus altos juicios mas conveniente. Para ellos el gobierno es el único motor que hace mover la sociedad, masa inerte; para nosotros es únicamente un mecanismo de la gran máquina social, en que se realiza el movimiento por la accion de todos; segun ellos el gobierno debe ser el guia en la marcha, en nuestra opinion debe emplearse tan solo en separar los obstáculos del camino.

De estos sistemas nacen dos escuelas distintas en resultados prácticos, como lo son en sus principios fundamentales, aunque por una aberración inconcebible se les quiera suponer por algunos un origen común. En la primera, que proclama la extensión indefinida de la acción gubernamental, el individuo apenas tiene acción propia; se le supone incapaz de regir sus propios asuntos, de conducirse por el camino de la vida. En armonía con esta hipótesis, se le impone al individuo una religión; se le imponen ideas dadas por medio de una instrucción que el gobierno determina de antemano; se interviene en todas sus relaciones con los demás asociados; si está enfermo, si quiere construir un edificio, una obra cualquiera, si tiene que reclamar ante la justicia del país contra alguno que le ha perjudicado en su libertad ó en su propiedad, se le obliga á hacer uso de los servicios de hombres educados por el Estado; si quiere comprar ó vender, tiene que hacerlo en los mercados que el gobierno designa; en todos sus actos, en fin, siente la influencia de ese gobierno, que le rodea de una red, que no puede traspasar. Ciertamente, en este sistema al individuo no es libre.

En el otro, el individuo no tiene más límite en sus acciones que la libertad y la propiedad de los demás. Adora á Dios como le parece; da á sus hijos los maestros y las ideas que más le agradan; escoje en las transacciones que exigen las necesidades de la vida, los individuos en quienes tiene mayor confianza y los mercados que cree convenir más á sus intereses; se dedica al trabajo para que tiene mayores disposiciones; vive, en fin, sin que se le moleste, con la condición que antes hemos enunciado. En este sistema el individuo es libre. Interin no perjudique á la libertad, á la propiedad de los demás, para él apenas existe el gobierno, la fuerza social.

El resultado del primer sistema es el envilecimiento del hombre, puesto que se le quita lo que le da dignidad y confianza en sí mismo, la libertad y la responsabilidad de sus actos. Descuidando en la acción del gobierno, se deja guiar por él sin mirar á dónde va, y cuando un obstáculo se atraviesa en su camino, acude con razón al gobierno para que lo quite. No siendo sus acciones consecuencia de su voluntad libre, cuando sus resultados son perjudiciales se queja del gobierno, á quien atribuye entonces su malestar y sus desgracias. Además de la degradación del hombre, este sistema produce, por lo tanto, la inestabilidad de los gobiernos; mutila al individuo, dejándole solo la fuerza para trastornar el orden social.

En el sistema opuesto, siendo las acciones del hombre el resultado de su libertad, aprende desde temprano á no contar sino con sus propias fuerzas y trata de aumentarlas, con lo cual, su condición moral y física se eleva. Si sus actos dan un resultado contrario á sus esperanzas, lo atribuye á sí mismo, á nadie reclama de su desgracia, y modifica con la experiencia sus actos sucesivos. No teniendo interés en variar el gobierno, de quien no puede esperar sino la

seguridad y la justicia, el orden subsiste fácilmente y la sociedad no se ve á cada momento conmovida con sangrientas y profundas revoluciones.

El primer sistema es todavía el mas generalizado en nuestras sociedades, á pesar de que las consecuencias que hemos apuntado son bien visibles y han sido por desgracia perfectamente comprobadas á costa de los pueblos.

¿En qué consiste esta anomalía? ¿Por qué, en una época en que todos los pueblos se agitan al solo nombre de la libertad, tiene tantos partidarios un sistema incompatible con ella? Porque se ocultan sus inconvenientes, detras del mismo principio de libertad, que es la base del sistema opuesto; porque sus defensores son los primeros que fascinan á los pueblos, para hacer que lo adopten, con el atractivo de ser libres. Si los pueblos vieran siempre claro, conocerian que la palabra libertad es una blasfemia en los lábios de los defensores de la absorcion gubernativa, y rechazarían enérgicamente la opresion, cualquiera que fuese el disfráz con que se la vistiera para alucinarlos.

La tendencia de las sociedades hácia la libertad se ha hecho irresistible en nuestros dias. No bastando la fuerza para contenerla, se ha recurrido al sofisma. Se ha dicho á los pueblos: «Sereis libres, puesto que elegireis desde ahora á los que os hayan de gobernar; si no os agradan luego, los derribareis y pondreis otros, hasta que halleis alguno que os contente. Vuestras desgracias han consistido en que los antiguos gobiernos, vuestros tiranos, no han hecho lo que debian por los pueblos; por eso hay todavía pobres entre vosotros, por eso vuestras empresas no prosperan á medida de vuestro deseo. Puesto que ya el pueblo es libre y soberano, es preciso que de aquí en adelante no vuelva á repetirse lo pasado; bastante tiempo los gobiernos os han oprimido. Pedidles todo lo que no habeis disfrutado hasta ahora; pedidles la instruccion para vuestros hijos; pedidles profesiones en que puedan ganar su vida sin un esceseivo trabajo. Si no podeis trasportar fácilmente los productos, haced que crucen el territorio con numerosas vias de comunicacion; si no sois bastante ricos con lo que os produce el trabajo agrícola, pedidles que protejan la agricultura; si no realizais los beneficios que quisiérais en vuestras manufacturas, obligadles á que protejan la fabricacion; exigidles, en una palabra, la riqueza, la felicidad para todos. Esto os costará caro, es verdad; tendreis que contribuir á los gastos públicos, con mucho mas de lo que antes dábais, pero habreis asegurado la libertad, que ambicionábais tanto, y *que es un bien demasiado precioso para que vayais á regatearla*; además de que el gobierno os dará en cambio cuanto necesiteis, para que todos disfruten de un bienestar, que ha estado hasta ahora reducido á algunas clases privilegiadas.»

Alhagando de ese modo las pasiones de la ignorancia, se ha con-

seguido hacer olvidar una cosa: que nada puede dar el gobierno, que no haya tomado antes en mayor proporcion; que no puede favorecer la libertad y la propiedad de un ciudadano, sin perjudicar la libertad y la propiedad de los demás, porque el gobierno no es una entidad distinta de los asociados con medios independientes de ellos. De ese modo se ha viciado en los pueblos la idea de la libertad, haciéndola consistir para cada uno en la opresion de los otros, y se han dirigido las tendencias populares por un camino equivocado. Dejándoles el poder de destruir, porque ese nadie puede quitárselo á los pueblos, luego que conocen que cuando quieren son los mas fuertes, se ha conseguido que no destruyan nunca lo que les impide ser realmente libres; subsistiendo despues de cada revolucion el mismo gobierno omnipotente que antes, la misma red en derredor de los ciudadanos, la misma opresion.

#### IV.

De la verdadera nocion de la libertad, que hemos tratado de establecer en los párrafos anteriores, se deduce incontestablemente lo que pretendemos probar: que nada cuesta á un pueblo mas caro que la opresion. Por el contrario, el pueblo que comprende y disfruta de la verdadera libertad, es el que tiene que contribuir con menos para el sostenimiento de las cargas públicas. En un pueblo libre, estas se reducen á lo necesario para la defensa del territorio, la policia de seguridad y la administracion de justicia. Si paga para algun otro servicio, será porque se haya convencido, despues de un detenido exámen, de que es mas económico hacerlo en comun, que por los esfuerzos individuales. En una nacion donde el Estado absorbe la mayor parte de la iniciativa propia de los ciudadanos, los gastos son mucho mas considerables, y tanto mas, cuanto mas se estiende la accion del gobierno. Así, las cargas públicas aumentan con la opresion, y puede perfectamente tomarse como medida de esta el presupuesto del pais. El pueblo menos libre seria aquel en que reuniera el gobierno toda la accion, y para eso, deberia tomar todo el producto del trabajo de los asociados. En efecto, el hombre á quien no se deja nada, es el siervo.

Este principio se presenta tambien á *priori* á la imaginacion, con solo detenerse un momento á considerar los efectos comprobados de los impuestos. Es una verdad reconocida que un impuesto exagerado es sumamente nocivo á la prosperidad de los ciudadanos, porque aniquila la produccion. La miseria es el resultado del escesivo aumento de las contribuciones, y si la libertad es tan cara de conservar, como se dice, nos vemos colocados ante el tristísimo dilema de renunciar al bienestar, ó renunciar á la libertad. Esta consecuencia desconsoladora bastaria por sí sola para hacer patente el absurdo de la proposicion que combatimos. ¿Es posible, en efecto, que exista

tal antagonismo entre dos leyes naturales? ¿Es posible que la libertad, á la cual aspiran de un modo irresistible todos los hombres, no pueda alcanzarse sin el sacrificio del bienestar, á cuya adquisicion tiende tambien el hombre con la misma, sino con mayor fuerza? Si esto fuera cierto, el progreso seria imposible é inútiles todos nuestros afanes. El destino de los pueblos seria entonces consumirse fatalmente en medio de espantosas revoluciones, oscilando entre el despotismo y la miseria.

Felizmente, esto no se verifica. La armonía sublime que existe en la esfera moral como en la esfera física de la creacion, podrá turbarse por la ignorancia y las malas pasiones de los hombres, pero no porque sus leyes esten fundadas en principios entre si opuestos. Si la esperiencia de tantos siglos ha enseñado que la situacion económica de un pueblo es tanto peor cuanto mas paga, su situacion moral debe seguir la misma regla; el pueblo mas próspero es tambien el mas libre.

Deteniéndonos á considerar las condiciones á que debe satisfacer todo impuesto, para estar de acuerdo con los principios eternos de la justicia, hallaremos una nueva comprobacion de lo que hemos tratado de demostrar. Todo impuesto debe exigir un sacrificio á cada uno de los ciudadanos, proporcional á los beneficios que disfruta; si algunos padecen mas que otros se comete la mas enorme, la mas escandalosa de las injusticias. Ahora bien, en cuanto el presupuesto escede de un cierto límite, dependiente del estado económico del pais, es absolutamente imposible observar este principio.

Mientras el presupuesto es pequeño, la imposicion puede ser directa, única y proporcional á los recursos de los asociados. En traspasando el límite mencionado, la resistencia de los contribuyentes al pago, aumenta, llega á hacerse invencible, y los gobiernos se ven obligados á recurrir á los impuestos indirectos, que, gracias á la ignorancia pública y á la especialidad del modo de percibirlos, no escitan la misma repugnancia. Entonces la igualdad en la reparticion de las cargas públicas desaparece, y la injusticia impera de un modo tanto mas doloroso, cuanto que las mas perjudicadas son las clases pobres, porque las contribuciones indirectas tienen que basarse para ser productivas en los objetos de primera necesidad y por lo tanto de mas general consumo. Si la libertad fuese cara, seria, pues, contraria á la justicia, lo mismo que á la prosperidad pública.

## V.

De las anteriores lineas se deduce una consecuencia práctica del mayor interés.

Para alcanzar la libertad, no basta una buena organizacion política, es indispensable que se altere profundamente todo el siste-

ma administrativo, es preciso que se reduzca mucho el presupuesto y que quede reducido el gobierno á su verdadera y propia mision. Hora es ya de que conozcan los pueblos que de nada sirve la facultad de derribar un gobierno por medios legales, si luego fascinados por una ilusion mentirosa, aceptan la intervencion gubernativa en todos sus actos.

Hay que entrar, pues, con paso decidido por la verdadera senda; estableciendo de un modo progresivo, si las circunstancias no permiten hacerlo de una vez, el presupuesto pequeño, el presupuesto de un pueblo libre, que no deje al gobierno el poder de hacer mal, encerrándole en el círculo de atribuciones de que nunca debió haber salido, la proteccion de la seguridad personal y de la propiedad, y la administracion de justicia. Siendo pequeño el presupuesto podrá adoptarse fácilmente la sola contribucion directa, única que puede establecerse con igualdad y justicia, y desaparecerá la monstruosa y abominable reparticion que los impuestos indirectos hacen de las cargas públicas. Con un presupuesto que exija poco, podrá con mayor desahogo el contribuyente economizar sobre la produccion anual, y aumentarán rápidamente los capitales privados, palanca poderosísima, que apoyada en la libertad cambia la faz de las naciones, llevando la animacion y la vida á todos los puntos del cuerpo social.

Pero ante todo, hay que abandonar las ilusiones. Al aceptar el presupuesto liberal, se debe romper de una vez con las tradiciones antiguas. Puesto que con él se da al gobierno solo lo indispensable para que llene su mision en un pueblo libre, es preciso que nada se espere de él, que nada se le pida mas que justicia. Es preciso dar mayor desarrollo á la actividad personal; es preciso que el individuo se acostumbre á contar con sus solas fuerzas y á arrostrar la completa responsabilidad de sus actos, tomando por modelo al ciudadano de la América del Norte. Si no se sienten los pueblos capaces de tanto; si la desidia, si la repugnancia al trabajo, si los restos del pasado dominan todavia, hasta el punto de no permitirles obrar en ausencia de toda proteccion, de todo estimulo gubernativo, no deben reclamar la libertad de que no son dignos los pueblos hasta que comprenden lo que significa, y los sagrados deberes que impone.

---

## INDUSTRIA MANUFACTURERA.

---

### III.

En los dos artículos anteriores que sobre la cuestion de industria manufacturera hemos escrito, se hallan consignados los principios generales, que, en nuestro entender, forman la base de este importante problema económico-social; y dicho está con esto que cuanto en el proyecto de ley

presentado por el Gobierno en 8 del próximo pasado octubre á las Córtes constituyentes, con el título de « *Proyecto de ley sobre ejercicio, policia, sociedades, jurisdiccion é inspeccion de la industria manufacturera,* » no esté conforme con la doctrina que alli dejamos espuesta, nos ha de parecer malo y contrario á la verdad y á la justicia. Podrá suceder que algunas de nuestras opiniones sean erróneas, tal vez no sea aquella doctrina la piedra de toque en que deban medirse los quilates de bondad del documento en cuestion; mas como *no creemos* que asi sea, fuerza es que á ella nos atengamos para terminar la tarea que nos hemos impuesto.

Hasta cierto punto pudiéramos dar por concluido nuestro trabajo, puesto que cuanto nos resta que agregar á lo dicho, pudiera evitarse comparando las prescripciones del proyecto de ley con las leyes económicas que hemos procurado resumir en el breve espacio á que los estrechos límites de EL ECONOMISTA nos han circunscrito: si alguna de estas prescripciones se opone á la libre accion de dichas leyes; si el derecho de propiedad, si el libre alvedrio del individuo, obrando en los límites de lo justo, padecen lo mas mínimo, el artículo que tal consigne, consigna una injusticia y un error en el terreno de la ciencia. Mas ya que asi no sea, deberemos limitarnos á examinar ligeramente el documento en cuestion, señalando aquello que en nuestro concepto no está conforme con los buenos principios.

Sin embargo, debemos antes de entrar en materia prevenir una objecion que pudiera hacérsenos, si bien no muy fundada, al menos con engañadoras apariencias de razon.

« Se trata, podria decírsenos, de un proyecto de ley que se refiere, como no puede menos de suceder, á relaciones reales y efectivas entre hombres; que es por lo tanto de inmediata aplicacion; que, en una palabra, encierra en sí la solucion de un problema *eminentemente práctico*: y en este supuesto ¿no pudiera suceder que los *principios teóricos* deban sufrir alguna alteracion, deban modificarse con arreglo á las circunstancias especiales á que se refieren; que sea preciso afectar á la fórmula teórica de un coeficiente práctico de correccion, y esto sin dejar por eso de reconocer y acatar el principio que sirve de base, y cuya completa exactitud en teoria fuera locura negar? »

Pues bien, si tal objecion se nos hiciere, nuestra respuesta seria muy breve. Hela aqui: « Los principios que hemos consignado, son *eminentemente prácticos*, son la espresion fiel de las leyes que rigen las relaciones sociales, y por lo tanto nada tienen de imaginario ni de hipotético: ni deben sufrir alteracion alguna cuando de aplicarlos se trate, ni fuera muy cuerdo obrar contra todo lo que la experiencia ha dado, y la razon sanciona. »

Digan lo que quieran los que de la economía política se mofan, sus verdades se abren paso á través de los errores y de la general preocupacion, sus triunfos son lentos pero seguros, se puede luchar con ella, mas si el combate es largo la victoria no es incierta, y si de una prueba mas se necesita que confirme y haga valedera la verdad que acabamos de sentar, ahí está el documento que estudiamos, en el que se consigna, aun en medio de algunas disposiciones restrictivas, uno de los principios económicos, ó por mejor decir, una de las formas que afecta el gran principio base de toda la ciencia, « *la libertad* » estableciendo en el artículo 1.º que *todos los españoles y extranjeros pueden ejercer libremente la industria manufacturera sin necesidad de acreditar previamente su aptitud pericial.....*, y en el 2.º que *son libres: 1.º el uso de máquinas, utensilios, aparatos, herramientas y pro-*

*cedimientos mecánicos ó químicos para la produccion de efectos industriales..... 2.º los contratos sobre prestacion de servicios y obras sin que autoridad, corporacion ó persona estraña pueda intervenir en la tasacion del salario ó cantidad del servicio, ni en las condiciones de tiempo, medida....*

Mas á la par que se reconocen y se proclaman estos principios como verdades incontrovertibles, se les pone limites y restricciones que bien á las claras demuestran la poca fé que en ellos se tiene, ó la vacilacion con que de uno en otro sistema oscila el ánimo del mismo, que, por otra parte, cede á su poderoso influjo y confiesa que son la base en que deben descansar todas las disposiciones que se dicten. Detengámonos, pues, en señalar á nuestros lectores todo aquello que á nuestros ojos no se halle conforme con los principios mas puros de justicia, ó que por decirlo asi, no sea *bastante ortodoxo*.

Dice el artículo 3.º: *El contrato de prestacion de servicios puede estipularse por dia, semana, mes ó año, sin que en ningun caso esceda de este tiempo.*

Seguramente que no esperábamos encontrar esta restriccion cuando leimos en el artículo 2.º aquella frase que decia: *«sin que autoridad, corporacion ó persona estraña pueda intervenir..... EN LAS CONDICIONES DE TIEMPO, ETC.: y que no creíamos hallarnos dos líneas mas abajo con la aclaracion siguiente: «salvo las limitaciones espresadas en esta ley,» á la cual habia de seguir el artículo que en este momento nos ocupa.*

¿Por qué, nos preguntamos con admiracion, no podrá cerrar un operario un contrato de prestacion de servicios por un año y un dia, al paso que la ley le autoriza á ello cuando de un tiempo mas limitado se trata? ¿Cómo podrá dejar de ser justo y equitativo y lícito pasado este término lo que en un plazo menor lo es? ¿Será posible que el legislador, que no osa intervenir en esta condicion, ni para hacerlo se cree autorizado, se reconozca con el derecho de fijar ese limite, ese período de un año, número cabalístico y misterioso cuya razon de ser no comprendemos? Una sola razon se nos alcanza que haya podido influir en tan estraña condicion, y no espresamos con toda claridad nuestro pensamiento al decir *razon*, que si lo fuera nada tendríamos que replicar: un solo pretesto diremos mas bien ha podido ser la causa del artículo que combatimos.

Tal vez se tema que el operario, cediendo á la fuerza de las circunstancias, obligado por la necesidad, *se venda*, por decirlo asi, por un período considerable de su vida, convirtiéndose de este modo en esclavo del fabricante y perdiendo tal vez todo su porvenir por el estravio de un momento. Mas si este caso llegara á presentarse, ¿podria la ley impedir que el hombre que hubiese concebido tal proyecto lo realizara? ¿No salta á la vista que hay mil medios de hacer ilusoria esta medida, con lo cual la ley toma el carácter de ridícula, á la par que el de tiránica? Pero, aun suponiendo que pudiera llevarse á cabo, no por eso seria menos injusta y opresora: que solo ante Dios y ante su conciencia es responsable el hombre de tales actos.

Todo esto en la hipótesis de que sea una verdadera desgracia para el operario un contrato que se refiera á un período de tiempo superior á un año; mas ¿no pudiera suceder que por el contrario le fuese altamente beneficioso? No lo creemos imposible: y en esta nueva hipótesis, ¿qué podrá alegarse en defensa de tal disposicion? Lo ignoramos.

El artículo 7.º dispone que: *«Solo en establecimientos donde se ocu-*

pen mas de veinte personas se permitirá la admision de niños ó niñas que hayan cumplido 8 años, debiendo trabajar *únicamente* ó por la mañana ó por la tarde, *para que les quede tiempo de dedicarse á su instruccion.*» Y establece ademas que: «Los jóvenes de ambos sexos mayores de 12 años y que no pasen de 18, solo podrán trabajar diez horas diarias entre las seis de la mañana y las seis de la tarde.»

Respetamos las buenas intenciones que hayan podido dictar el anterior artículo, simpatizamos con los filantrópicos sentimientos que revela; mas al propio tiempo no podemos dejar de combatirlo, por mas que al hacerlo corramos riesgo de que se nos lance el epíteto de inhumanos ó cosa parecida.

Al oponernos á que tales reglas se consignent, no desconocemos ciertamente que habrá casos en que se pueda abusar de la natural debilidad de esos seres que solo en el cariño de sus padres pueden hallar verdadera proteccion, y que tal vez estos en su ceguedad destruyan la fuerza vital de sus hijos y maten su naciente inteligencia con un trabajo escesivo; que desgraciadamente el infortunio embota la sensibilidad y parece arrancar del corazon las mas tiernas afecciones; ¿pero se evitará esto con la prescripcion ya citada? No lo creemos, ni comprendemos como en un artículo pueden abarcarse tantos y tan diversos casos y circunstancias como podrán tener lugar, hasta el punto de que para cada individuo deben ser distintas estas condiciones, si se desea evitar las mil causas de destruccion que continuamente les amenazan. No intentamos tampoco oponernos á que la sociedad castigue tales abusos de fuerzas, mas creemos que no se cortan con disposiciones de la índole de la que examinamos y cuyo efecto pudiera tal vez ser perjudicial aun á los mismos que se intenta proteger.

En resumen, si algun padre desnaturalizado quisiera sacrificar á su hijo estimulado por el deseo de un mayor salario, la ley que nos ocupa seria impotente para evitarlo, sin contar con que no es muy lógico hacer una legislacion que solo se refiera á casos particulares; y si por el contrario, no fuese perjudicial á la salud ni al desarrollo intelectual de un niño alguno de los trabajos prohibidos en la ley, es en verdad poco justo privar á una familia, por una caridad impotente y mal entendida, de un auxilio eficaz y tal vez indispensable. ¿Qué contestaria el Estado si un padre le dijese: «*prohibes que mi hijo trabaje: pues bien, yo no gano bastante para mantenerle, ó se muere de hambre ó lo mantienes tú?*»

Por lo demas prescindamos de la *restriccion relativa al número de veinte personas*, pues no acertamos á penetrar á que sea debida, y asimismo pasamos por alto la razon que en defensa de todo el artículo se alega: con decir que sirve de pretexto para limitar las horas de trabajo el que «*les quede tiempo para instruirse,*» se escusan cuantos comentarios pudiéramos hacer.

Solo nos resta, para terminar el rapidísimo exámen, que de la parte relativa al *ejercicio y policia de la industria manufacturera* estamos haciendo presentar algunas consideraciones referentes al art. 9.º que principia así: «Se declaran comprendidos en el art. 461 del código penal: 1.º Los que colectivamente abandonen el trabajo *sin motivo.*

Primera dificultad que se nos ocurre: ¿quién decidirá en cada caso si ha habido ó no *motivo* para abandonar el trabajo?

Segunda dificultad: ¿qué clase de *motivos* justificarán semejante acto? ¿se considerará como *motivo* atendible la *voluntad del operario*?

:

Para nosotros si el operario quiere abandonar el trabajo, *aun cuando sea con ánimo de que el fabricante, por necesitar de brazos, se vea obligado á elevar el salario*, aun en este caso, lo repetimos, *la voluntad del trabajador es un motivo suficiente*, y como no comprendemos que lo que es cierto para uno deje de serlo para muchos, el adverbio *colectivamente* no nos puede hacer variar de opinion. Siempre que no se ejerza coaccion sobre los que abandonan el trabajo; siempre que lo hagan libre y espontáneamente, están en su derecho haciéndolo, y nadie puede con justicia impedirlo.

El artículo á que nos referimos es, segun esto, absolutamente injusto y tanto mas resalta esta injusticia, cuanto que no vemos en ella ni aun la menor sombra de equidad: si á la par que se prohíbe á los operarios abandonar el trabajo colectivamente, se prohibiese á los fabricantes el que se coaligasen para hacer bajar el salario de una manera artificial, tal medida aun seria absurda, aun asi la combatiríamos, porque creemos que ni los mas rígidos moralistas pueden encontrar nada digno de censura en que varias personas se unan, á fin de obtener un servicio cualquiera lo mas barato posible sin recurrir á la violencia para conseguirlo; pero al menos habria igualdad ante la ley, no se impondrian condiciones tan duras precisamente á la parte mas débil. Por otro lado, si nos atenemos estrictamente á la letra del artículo en cuestion, aun resalta mas cuanto acabamos de esponer. En él no se espresa que, la causa de hallarse comprendidos en el art. 461 del código penal es la de intentar una coaccion moral sobre los fabricantes, y hacerles de este modo que eleven los salarios, se dice tan solo: «los que abandonen el trabajo *colectivamente sin motivo*.» La falta segun esto, está en abandonar muchos á la vez el trabajo, lo cual es absurdo á todas luces: y en efecto, ¿no puede suceder que las condiciones impuestas por el fabricante fuesen tales que no les *conviniere á todos ellos* aceptarlas, en cuyo caso *todos á la vez* abandonarían el trabajo? Podria decirsenos que en este caso *hay motivo*; pero siempre defenderemos que ese *motivo* solo puede apreciarlo el obrero.

Pasemos ya á la segunda parte del proyecto de ley, cuyo título es «De las asociaciones.»

No seguiremos aqui la marcha que hasta ahora hemos observado, atendiendo á que en toda la primera parte relativa al ejercicio y policia de la industria manufacturera, solo teníamos que llamar la atencion sobre alguno que otro artículo, al paso que en la cuestion de *asociaciones* deberemos atacar, no precisamente los detalles, sino el principio que á ellos sirve de base, no el art. *a* ó el art. *b*, sino el conjunto de todos ellos; en una palabra, puesto que al fin lo hemos de decir, «el que toda sociedad de fabricantes ú operarios, sea cual fuere su objeto, nombre ú organizacion, deba previamente obtener la autorizacion del Gobierno, y el que este intervenga en las condiciones con que hayan de formarse.»

Esto es lo que negamos: el que deba pedir autorizacion; el que no pueda establecerse si el Gobierno no consiente en ello; el que tenga que aguardar para crearse á que la administracion diga *sí*: el que se establezca, segun reglas prescritas de antemano, y por decirlo de una vez, negamos absolutamente al Estado este derecho que se abroga, y negamos así mismo la utilidad de semejante disposicion.

¿Quereis pues, se nos preguntará, que se puedan formar toda clase de sociedades sin que el Estado tenga participacion en ello?

Digámoslo muy alto: *sí*.

¿Pero y si alguna de esas sociedades no tiene un fin laudable; si la moral y la justicia claman contra ella?....

Entonces suprimase y castiguese á sus autores.

¿Y no fuera mejor haber impedido que se formase?

No, porque el *abuso* no autoriza para proscribir el *uso* ó para oponerle trabas y obstáculos injustos y perjudiciales por el hecho de ser obstáculos.

¿Quién pretenderá negar que el hombre puede emplear sus fuerzas todas, toda su inteligencia en causar daños á la sociedad, en cometer acciones criminales? Nadie, absolutamente nadie: puede estudiar química solo con el objeto de descubrir los venenos mas activos, y servirse de ellos para la consecucion de los mas horribles proyectos; puede aprender el manejo de armas para abusar impunemente de su superioridad en ellas; tal vez al salir de su casa medita algun crimen: y sin embargo, no necesita que el Estado le autorice para estudiar química ó dedicarse á la esgrima, no pide autorizacion, ni se *forman expedientes* para permitirle salir de casa: se le deja obrar libremente, y si falta se le castiga. Esto es lo que la razon y la prudencia aconsejan; esto es lo justo y lógico, lo demas es un delirio, un afán de *prevenir* que si se hiciera extensivo á todas sus deducciones y consecuencias lógicas reduciria á la humanidad á la inaccion para evitar que hiciese mal uso de sus facultades.

Estas sencillas consideraciones creemos que son suficientes para demostrar la poca fuerza de las razones con que en el preámbulo se apoyan todas las medidas que en este momento examinamos. «Mas para apreciar su bondad, (dice el preámbulo al hablar de las asociaciones) y darlas una *existencia legal*, preciso es que la administracion examine su espíritu y sus limites, sus medios de accion y sus tendencias; porque de otra manera, incompatibles con muchos intereses ya creados, exclusivas y exigentes, ocultas bajo falaces apariencias, sus verdaderas intenciones, ora preponderantes y perturbadoras, ora ciego instrumento de los conspiradores, con la existencia de la industria comprometerian tambien la de la sociedad entera, y no seria la libertad, sino la licencia, el móvil de sus empresas.»

Tal es el fundamento, segun resulta de lo que precede, de que se haya creido forzoso, no solo establecer una prévia autorizacion para crear una sociedad cualquiera, sino fijar ciertas reglas inmutables y únicas á las que deberán ajustarse en todos los casos.

No comprendemos, y lo decimos con entera buena fé, que sea motivo atendible para darlas una *existencia legal* y para que la administracion examine su espíritu y sus tendencias el que tal vez sean *incompatibles con muchos intereses ya creados*: si estos intereses creados pueden oponerse con justicia á la creacion de la nueva sociedad, no tiene el Gobierno por qué tomarse ese trabajo, que sobrado cuidado tendrán los interesados en hacer las oportunas reclamaciones, y si por el contrario, no hay nada en que apoyarse, ni razon alguna que presentar para ello, no obsta el *ser intereses ya creados* para que sufran la competencia de los nuevos, que esta es precisamente la ley mas fecunda del progreso y el bienestar. En cuanto á que podrán ser exclusivas y exigentes, etc., no encontramos ni la menor analogia ni la mas remota relacion con la medida en cuyo abono se citan.

*Podrán ser exclusivas y exigentes.*—Bien, que lo sean, ¿qué mal hay en ello que no recaiga sobre ellas mismas?

*Que podrán ocultar bajo falaces apariencias sus verdaderas intencio-*

nes.—Lo repetimos, todo esto nada prueba ni por consiguiente, debemos combatir lo que no se opone en manera alguna al principio que defendemos.

La última parte del proyecto de ley se ocupa de la «jurisdicción é inspección de la industria manufacturera,» fijando reglas para la creación de jurados de prohombres de la industria que decidan las cuestiones de hecho y corrijan las faltas previstas especialmente por la ley.»

Como uno de los principales objetos de estos jurados es el de terminar las diferencias entre fabricantes y obreros, hubiéramos deseado y creemos mas natural que la elección se haga por los interesados que no por el Gobierno á propuesta en terna de los gobernadores de provincia como en el art. 20 se dispone.

Tal es el juicio que del proyecto en cuestión ha formado EL ECONOMISTA, y tales los defectos que en él mas resaltan: deseamos, pues, verlos corregidos, para lo cual seria muy oportuno una discusión amplia y detallada; mas ya que esto no pueda realizarse habremos de contentarnos con dejar aqui consignados los principios que creemos mas justos y convenientes.

---

SOBRE UN ESCRITO PUBLICADO POR EL SR. D. ANGEL DE VILLALOBOS EN DEFENSA DEL SISTEMA PROTECTOR.

---

El Sr. D. Angel de Villalobos ha dirigido en la última quincena de Mayo un comunicado á varios periódicos en defensa del informe presentado á la comisión de la Asamblea constituyente sobre la cuestión arancelaria por los Sres. Muntadas, Jaumandreu y Ferrer, fabricantes de algodón de Cataluña; informe que habia sido impugnado en *El Clamor Público* del día 13 del mismo mes.

Nos falta espacio en este número para ocuparnos como quisiéramos del comunicado del Sr. Villalobos; pero aunque en pocas palabras, no hemos de dejar de decir hoy nuestra opinion sobre él, ya que el Sr. Villalobos dirige á los defensores de la libertad comercial un reto, que no podria ser mas arrogante, aunque el sistema protector fuera otra cosa que un absurdo en economia y una espoliación en derecho.

Asegura el Sr. Villalobos que nadie ha combatido *con datos prácticos* el sistema protector; aserción en que no se sabe qué admirar mas, si lo infundado de ella ó la osadía de su autor.

Con permiso del Sr. Villalobos, nos tomaremos la libertad de decirle que debe sucederle respecto de los libros de economia política lo que al cura de quien se cuenta que solo sabia leer en su misal.

El Sr. Villalobos no debe saber leer mas que los libros que defienden la protección, y por eso han pasado para él desapercibidas tantas y tan irrefutables demostraciones como se han dado de que el sistema protector es un sistema cuyas bases son completamente falsas, y cuyos efectos se reducen á enriquecer á unos pocos *á costa* de los mas.

Pero olvidábamos una circunstancia importantísima. Olvidábamos que el Sr. Villalobos no reconoce el derecho de discutir las cuestiones económicas sino á aquellas personas que tienen *conocimientos propios*, y que se

le da un ardite de todas las razones que puedan alegar los que carezcan de ese requisito.

Por *conocimientos propios*, segun del comunicado aparece, entiende el Sr. Villalobos los *conocimientos especiales adquiridos por medio de la práctica personal*. De donde se deduce que solo los fabricantes pueden hablar de la cuestion comercial; como si dijéramos que solo los mozos de cordel, que cargan con pesos, estaban en aptitud de discutir las leyes de la gravedad.

Ha de enterder el Sr. Villalobos, y no concebimos como lo ignora quien de tan versado en las materias económicas se precia, que una cosa es la cuestion económico-industrial y otra la económico-técnica. Para montar una fabricacion cualquiera los *conocimientos especiales* son los que principalmente se aplican; para estudiar si es mas conveniente proteger la industria que adoptar la libertad comercial, son por el contrario de mucha mayor importancia los *conocimientos generales* de la ciencia económica.

El Sr. Villalobos hace gran desprecio de estos *conocimientos*, y hace bien, porque contra ellos son impotentes las armas del arsenal proteccionista. Quien defiende absurdos debe empezar por despreciar la razon. Pero no observa el Sr. Villalobos que despues de todos los cálculos que los defensores de la proteccion hacen para probar que la fabricacion de algodones resulta mas cara en Cataluña que en Inglaterra queda la cuestion en pie? ¿No ve que con esos cálculos facilita un poderoso argumento contra la proteccion á la industria algodonera? Con efecto, no la economia política, sino el buen sentido les dirá: «De lo que acabais de probar se deduce que los compradores obligados á adquirir el producto nacional, lo pagan mas caro que si fueran libres de comprar el mismo producto en el extranjero, y pierden, por lo tanto, una parte de su riqueza. Si vosotros no sacais de vuestros capitales mas que lo puramente preciso para sostener la industria nacional, resulta que el pais está tirando una parte de su trabajo, como suele decirse, por la ventana. El sistema protector es pues un absurdo.

Que por el contrario realizais un beneficio; entonces ganais á costa de los compradores que, segun hemos visto, pierden con la proteccion; en ese caso el sistema protector es ademas de un absurdo una espoliacion.

El gran argumento que oponéis está reducido á que sin la proteccion no tendríamos, por ejemplo, industria *nacional* de algodones. Poco nos importa con tal que tengamos los productos de la industria algodonera á menos precio, y esto es lo que sucederia si se suprimiese la *proteccion*. No vacilamos en decirlo; nada nos importa que en España no se fabriquen pañuelos ó paños con tal de que los españoles tengamos pañuelos y paños. Para la mejor satisfaccion de las necesidades del hombre, en España como en todas partes lo que hacen falta son *productos* á la menor costa posible, fabriquense en casa ó en la China.

Pero se nos ocurre una observacion sobre la abnegacion de que blazonan los productores *protegidos*. Si el producto español me cuesta *diez* y el inglés *seis*, por ejemplo, es evidente que me hacen perder *cuatro*, obligándome á comprar el primero. Queremos convenir en que esta privacion ha de servir para hacernos luego felices á todos, productores y consumidores, pero ¿por qué hemos de hacer solos estos sacrificios? ¿Por qué los señores productores no sacrifican alguna cosa por su parte? ¿Porque reclaman ante todo, que se fije el arancel de manera que las industrias puedan por lo menos dejar el beneficio corriente de los capitales?

Si será porque no haya de tocarles á ellos algo de esa bienandanza que nos estan anunciando los proteccionistas en España, desde el reinado de Carlos I. ?

Los proteccionistas no pueden salir de este dilema: ó el pais tiene condiciones para competir con el extranjero en una industria determinada, ó no. Si lo primero, la proteccion es inútil. Si lo segundo, es perjudicialísima.

Y aqui puede ver el Sr. Villalobos como con sus números y los de los proteccionistas y con sus *conocimientos propios*, no toca la cuestion en lo mas mínimo, porque la demostracion de las ventajas de la libertad comercial es independiente del precio que puedan tener los productos; es independiente *de los datos de actualidad*.

Y todos los números que se saquen á plaza para esta cuestion, si son exactos, comprueban, como se ha demostrado hasta la saciedad, los principios económicos, que mal que les pese al Sr. Villalobos y á sus defenidos, han de llegar á ser dueños del mundo, porque están fundados en la naturaleza de las cosas.

Aqui lo dejamos por hoy, ofreciendo al Sr. Villalobos como á los demas de su secta, las páginas de EL ECONOMISTA para que defiendan en ellas la doctrina de la proteccion contra nosotros, que *con agenos ó propios* conocimientos, esperamos probar, aceptando su reto, que es absurda, porque en lugar de aumentar la industria del pais la limita, impeliendo la actividad del hombre y los capitales por los caminos en que pueden alcanzar menor resultado; y que es injusta, porque establece el comunismo, sancionando, la espoliacion mútua, de la cual para mayor abominacion, no pueden disfrutar todos, porque es materialmente imposible proteger de igual manera *todas* las industrias.

---

#### NOTA DE BASTIAT SOBRE LAS CONTRIBUCIONES.

Creemos que agradará á nuestros lectores la siguiente curiosa nota del célebre economista Bastiat, sobre el modo de repartir las contribuciones.

Puede decirse que solo por instinto se quejan los contribuyentes de la enormidad de los impuestos, porque hay muy pocos que sepan ni aun aproximadamente lo que pagan por su parte para ser gobernados. Conocemos con exactitud lo que pagamos por contribucion territorial, pero no lo que nos sacan los impuestos sobre el consumo. Siempre he creido que nada puede contribuir mas al adelanto de nuestros conocimientos y de nuestras costumbres constitucionales, que un sistema de *contabilidad* individual, por medio del cual conociera cada ciudadano la cuota exacta de lo que paga y de lo que recibe.

Por si acaso el Ministro de Hacienda se decide á hacer distribuir todos los años á los contribuyentes, con las papeletas de las contribuciones directas, *cuenta corriente en el Tesoro*: he pensado en la fórmula que podria adoptarse, teniendo á la vista el presupuesto de 1842.

Hé aqui la cuenta de M. N. propietario que paga 500 fs. de contribuciones directas, lo que supone una renta de 2,400 á 2.500 fs. cuando mas.

DEBE.—El Tesoro público en cuenta corriente con M. N.  
*Cantidades recibidas por M. N. en 1845.*

	Francos.	Cénts.
Por contribuciones directas. . . . .	500	»
Registro, timbre y bienes nacionales. . . . .	504	17
Aduanas y sales. . . . .	158	»
Bosques y pesca. . . . .	30	10
Contribuciones indirectas. . . . .	206	67
Correos. . . . .	39	»
Productos universitarios. . . . .	2	50
Productos diversos. . . . .	21	87
	<hr/> 1162	<hr/> 31

HABER.  
*Cantidades pagadas por M. N.*

	Francos.	Cénts.
Por intereses de la Deuda pública. . . . .	555	»
Lista civil. . . . .	14	»
Administracion de justicia. . . . .	20	»
Religion. . . . .	56	»
Diplomacia. . . . .	8	»
Instruccion pública. . . . .	16	»
Gastos secretos. . . . .	1	»
Telegrafos. . . . .	1	»
Subvenciones á los músicos y á las bailarinas. . . . .	3	»
Indigentes, enfermos. . . . .	1	10
Socorros á los refugiados extranjeros. . . . .	2	15
Fomento á la agricultura. . . . .	»	80
Id. á la pesca marítima. . . . .	4	»
Id. á las manufacturas. . . . .	»	23
Cria caballar. . . . .	2	»
Escuelas veterinarias y apriscos. . . . .	»	63
Socorros á los colonos. . . . .	»	87
Id. por inundaciones é incendios. . . . .	1	90
Servicios departamentales. . . . .	72	»
Prefectos y subprefectos. . . . .	7	20
Caminos, canales, puentes y puertos. . . . .	52	60
Ejército. . . . .	364	»
Marina. . . . .	114	»
Colonias. . . . .	26	»
Recaudacion de las contribuciones y administracion. . . . .	150	»
	<hr/> 1251	<hr/> 48

Entre el *debe* 1162 fr. 31 cénts. y el *haber* 1251 fr. 48 cénts. la diferencia es 89 fr. 17 cénts. Este saldo significa que el Estado ha gastado por cuenta de M. N. 89 fr. 17 cénts mas que lo que de este ha recibido. Pero puede M. N. tranquilizarse. *M. M. Rotschild y consortes* han tenido la

amabilidad de prestar esta suma, y basta que M. N. pague perpétuamente el interés de ella. Esto es decir que tendrá que pagar en adelante 4 ó 5 francos mas por año.

---

VARIEDADES.

Los partidarios de la subvencion á los teatros, y sobre todo los interesados en ella, vuelven á agitarse para que se dé dictámen por la comision de las Córtes sobre el proyecto de ley que presentó el Gobierno. Una comision de la sociedad de autores dramáticos dicen que se presentó con este objeto al Sr. Presidente del Consejo de Ministros, quien ofreció en nombre del Gobierno contribuir á que se realizasen prontamente los deseos de aquella. Debemos esperar que asi suceda, á pesar de cuanto dicta la sana razon en contra de la *proteccion* á los teatros, ó mejor dicho de la *proteccion* á los *empresarios, actores y poetas*. Las Córtes, que han protegido á la empresa de la biblioteca de autores españoles; que han prestado gratuitamente dinero á la del canal de Urjel; que dan subvenciones á troche y moche á cuantos ferro-carriles pueden soñarse en España; que han *protegido* á los habitantes de las antiguas colonias españolas, subvencionando obras que se imprimen para América, no pueden racionalmente negarse ahora á la subvencion de los teatros, que si bien es un absurdo económico, como hemos probado en EL ECONOMISTA sin que nadie se dignára refutarnos, no es un absurdo mayor que los demas que hemos citado. ¿Y bien mirado, por qué los que se dedican á la industria de los teatros no han de sacar su turrón como los que se dedican á la industria de los algodones? ¿Han de ser de peor condicion? Lo racional, bien mirado, es que todos seamos *protegidos*; esto es, que todos nos espoliemos recíprocamente.

---

Á propósito de la mútua espoliacion, recordamos la descripcion que hacia el célebre Bastiat del sistema protector en uno de sus discursos.

Recordaba los monos que existen en el Jardin de Plantas de París. Cuando el guarda coloca los alimentos en la escudilla correspondiente al habitante de cada jaula, este en lugar de comerse tranquilamente su parte, procura pasar los brazos por las rejas para robar la pitanza á sus vecinos. En la lucha, se vuelcan y pierden bastantes escudillas. La pérdida recae hoy sobre unos, mañana sobre otros, y á la larga debe repartirse con bastante igualdad entre todos, á menos que de esta ley escapen algunos monos mas ágiles ó vigorosos que los demas, en cuyo caso lo que estos no pierden, aumenta evidentemente la pérdida de los otros. Los que acuden á las Córtes y al Gobierno en solicitud de privilegios y subvenciones, no hacen ni mas ni menos que los monos del Jardin de Plantas.

---

La subida del precio de los granos ha ocasionado una alarma en la prensa, que ha escitado á las autoridades, para que dicten las medidas que se creen salvadoras para estos casos. Ha parecido aquello de los *acaparadores*, con el cortejo correspondiente de vulgaridades en defensa del consumidor sacrificado por aquellos *malvados*, etc., etc.

Las autoridades no han sido sordas á tan *justos* clamores, y han hecho cuanto se les ha alcanzado.

En muchas provincias se ha permitido la importacion, medida conveniente, aunque tardia, si estuviéramos amenazados de una verdadera escasez, y muy limitada en sus buenos efectos por la prohibicion de esportar y por su caracter de temporal, como manifestamos en nuestros articulos sobre comercio de granos, á los cuales remitimos á nuestros lectores.

En Madrid, el ayuntamiento ha adoptado las mas sabias disposiciones..... para hacer subir el precio del trigo. Este es el único efecto que pueden tener las vejatorias medidas de no permitir las compras y ventas mas que en un mercado y en horas determinadas, fijar los puntos por donde ha de entrar en la poblacion, hacer intervenir por un dependiente del ayuntamiento todas las transacciones, etc., etc., etc. Estos obstáculos opuestos al comercio, ocasionan siempre un aumento en el precio, porque equivalen á un *trabajo* adicional, al desarrollado para la produccion; trabajo adicional, que ha de pagarse por el comprador.

Pero el mayor daño que causan estas medidas es el de mantener vivas en el pueblo las absurdas y barbaras preocupaciones contra los llamados *acaparadores*, que son cabalmente los que mantienen la reguralidad de los precios y evitan los efectos desastrosos de las carestias.

Parece imposible que el ayuntamiento de Madrid se halle todavia en estas materias á la altura de los ayuntamientos de la edad media!

---

El Ministro de Fomento ha presentado á las Córtes un proyecto de ley sobre sociedades anónimas para la ejecucion de ferro-carriles, á las que se conceden las mismas facultades que á las sociedades de crédito. Asunto es este importantísimo y del que pensamos ocuparnos en nuestro próximo número.

---

En el próximo número insertaremos el programa que ha publicado el *Comité central de la asociacion belga para la reforma aduanera*, de las cuestiones que deberán tratarse en el próximo congreso internacional que se reunirá en Bruselas en setiembre del presente año.

Este segundo congreso tiene por objeto la discusion de los *medios* que *conviene* adoptar para hacer pasar al terreno de los hechos, los principios teóricos consignados en las proposiciones aprobadas por el congreso de 1847.

Recordaremos dichas proposiciones para edificacion de los proteccionistas españoles, y en particular del Sr. D. Angel de Villalobos, que se ha lanzado á la arena con brios tales que le acreditan como uno de los mas distinguidos campeones de tan mala causa; recordándoles que al congreso de 1847 acudieron los hombres que en materias económicas pasaban por mas ilustrados en todos los paises de Europa.

«El congreso económico, despues de haber examinado y discutido los efectos «generales de la libertad de comercio, asi como todas las cuestiones especiales que «tienen relacion con ella, opina que esta libertad es una necesidad de la naturaleza «humana, y que tendrá por resultado:

«1.º Estrechar la union de los pueblos, que lejos de llegar á ser tributarios los «unos de los otros, se prestarán un apoyo recíproco.

«2.º Aumentar la produccion y poner la industria al abrigo de las sacudidas «violentas, que experimenta necesariamente en los mercados limitados por la pro- «hibicion.

«3.º Mejorar la condicion de las clases trabajadoras, exigiendo menos trabajo «en cambio de mayor número de goces.

« 4.º Suprimir una causa constante de desmoralizacion.»

Nos parece estar viendo á los partidarios de la proteccion encojerse de hombros despues de la lectura de los renglones que preceden, y sonriéndose con desprecio esclamar: ¡Ignorantes! Como se conoce que esos señores economistas no *tienen conocimientos propios*.

Por fin, se ha decretado llevar adelante la reforma de la Puerta del Sol, segun el sistema propuesto por la comision nombrada en enero de este año, y de cuyo dictámen nos ocupamos oportunamente. Mucho, muchísimo lamentamos que el Sr. Ministro de la Gobernacion se haya decidido á prohi- jar tan absurdo proyecto, que está fundado, como probamos hasta la evi- dencia, en el despojo de los actuales propietarios de la Puerta del Sol. Con esta medida se establece un precedente funestísimo, que puede traer males sin cuento, porque sanciona no ya el *principio de la espropiacion por cau- sa de utilidad pública*, sino el principio de la espoliacion por causa de uti- lidad pública. Y esto es evidente, recordando que las obras se pagan con el *aumento de valor que han de tener los terrenos que no se dedican á via pública*.

De hoy mas, para ejecutar nuestras carreteras se nos ocurre un sistema fundado en las mismas bases y que ahorrará grandes sumas al Estado. Con- ceder la construccion á empresas, autorizandolas para espropiar, *no solo la zona necesaria para la via*, sino una zona suficientemente ancha, para que *vendiendo* despues la empresa los terrenos sobrantes; *se reintegre de sus gastos con el aumento necesario de valor que habrán tenido esos terrenos por el establecimiento de la carretera*.

Admitido el sistema aprobado para la Puerta del Sol, qué objeciones pue- den presentarse á este? Si es bueno aquel, adoptemoslo para todas las obras llamadas de utilidad pública. Si lo que proponemos para la ejecucion de las carreteras se rechaza porque parece absurdo é injusto, absurdo é injusticia hay en lo que se ha adoptado para reformar la Puerta del Sol.

En la sesion de 5 de mayo de la sociedad de economia politica de Fran- cia uno de sus miembros, el Sr. Quijano, compatriota nuestro, y de quien hemos publicado un notable artículo sobre el *Capital* en el número ante- rior, ha llamado la atencion de la sociedad sobre nuestro periódico, que ha tratado mucho mejor de lo que ciertamente merece. Damos las mas es- presivas gracias al Sr. Quijano, cuya aprobacion es para nosotros de tanta importancia, que ella, por sí sola, nos incitaria á continuar animosamente nuestra empresa, aunque no estuviéramos tan decididos como lo estamos á no abandonarla.

---

SUMARIO.

La libertad y el presupuesto.—Industria manufacturera, art. 3.º.—Sobre un es- crito publicado por el Sr. D. Angel de Villalobos en 'defensa del sistema pro- tector.—Nota de Bastiat sobre las contribuciones.—Variedades.

---

MADRID: — 1856.

Imprenta de D. José C. DE LA PEÑA, calle de Atocha, núm. 149.